

SEGUNDA PARTE.

EL CATOLICISMO.

CAPÍTULO I.

MISION DEL CATALICISMO.

Del siglo v al x el mundo va fraccionándose. Sin embargo, la unidad es una necesidad de la humanidad; los Bárbaros mismos lo experimentaron, aun cuando hayan poseido el genio de la individualidad y de la division en el más alto grado. La unidad bárbara fracasa, porque el ideal de la monarquía universal es falso; viola los designios de Dios sobre el género humano, conduce á la decadencia y á la muerte. El fraccionamiento de la Europa es necesario para preparar las nacionalidades. Pero el fraccionamiento absoluto sería tambien la muerte. La unidad, para cuya realizacion eran los Bárbaros impotentes, será establecida por el catolicismo. En medio de la infinita diversidad que reina en la sociedad feudal, la Iglesia es el único elemento de unidad. Todo se localiza: las instituciones, el derecho, las costumbres. Entre los hombres así divididos, la Iglesia sirve de lazo: tiene una ambicion más elevada que la de los Bárbaros, y es la de fundar la sociedad universal de los espíritus en toda la tierra. ¿Cuál es el carácter de la unidad católica? ¿Cuál es su mision?

El cristianismo invirtió cinco siglos en convertir el mundo romano, y en la época de la invasion de los Bárbaros, la sociedad era todavia pagana en sus costumbres. En cuanto los pueblos del Norte aparecen en la escena se convierten; su conversion funda el catolicismo. Mientras que el cisma y las herejías desgarran el Oriente, el Occidente se organiza, primeramente bajo la aristocracia episcopal, despues bajo la supremacia del pontificado. Apenas se

ha constituido la Iglesia occidental, el Oriente se separa de ella. La unidad católica es, pues, esencialmente germánica. Este lazo íntimo entre el catolicismo y los Bárbaros nos revela la misión de la Iglesia; está ligada al destino de los pueblos germánicos.

El cristianismo y los Bárbaros son los elementos esenciales de la civilización moderna. Sin los Bárbaros no hubiera habido cristianismo, ó hubiera vivido con aquella existencia débil y miserable que ha tenido en el Bajo-Imperio. Pero tampoco sin el cristianismo hubieran podido los Bárbaros llenar su misión. La sociedad romana estaba corrompida hasta la médula por la influencia deletérea del politeísmo, de la esclavitud y de la tiranía; las pasiones brutales de los Bárbaros añadieron la violencia á la corrupción. El mundo hubiera perecido en este abismo de vicios, si las razas jóvenes y vigorosas que invadieron el Imperio no hubieran hallado un principio moral como contrapeso de la corrupción romana. El cristianismo fué el elemento civilizador que moralizó á los Bárbaros y que salvó el porvenir de la humanidad. ¿Pero bajo qué condición podía llenar esta gran misión el cristianismo? Bajo la condición de concentrarse en una fuerte unidad y de dominar sobre los Bárbaros.

La unidad y la fuerza eran las condiciones de vida para la religión cristiana. Constantino merece ser llamado el fundador del cristianismo, por haberle dado una influencia legal. Si la sociedad cristiana hubiese seguido siendo puramente espiritual, la oleada de la invasión la hubiera vencido; los Bárbaros respetaron á la Iglesia, porque era un poder. Los obispos, representantes de los vencidos, trataron con los vencedores de potencia á potencia; sus funciones, sus riquezas, les hicieron lugar entre los grandes del reino. Tal es el principio y la justificación de la unidad episcopal. Pero esta unidad era insuficiente para llenar la misión reservada al catolicismo. La aristocracia episcopal quedaba absorbida por el Estado; nombrados por el rey, estaban colocados los obispos al mismo nivel que los duques y los condes; participaban de los gustos y de las pasiones de la aristocracia de que formaban parte; abandonando el cuidado de las almas, se entregaron por completo á los goces y á las ocupaciones de la vida secular. La religión degeneraba, el cristianismo amenazaba perecer á manos de una ci-

vilización corrompida. Al mismo tiempo la Iglesia era presa de la violencia; el episcopado era demasiado débil para defenderla contra los ataques de la aristocracia guerrera. En el siglo X, la Iglesia estaba en plena disolución; su ruina hubiera llevado consigo la del cristianismo. En una sociedad entregada al imperio de la fuerza, la fuerza es una condición de existencia. El Pontificado, concentrando en sus manos todo el poder del catolicismo, salvó la religión y con ella la civilización.

El catolicismo está organizado: á él corresponde el imperio. Para llenar su misión debe ejercer una especie de dominación, porque está llamado á hacer la educación de pueblos bárbaros, tiene sobre ellos la superioridad de la inteligencia; gobierna, porque es el único capaz de gobernar. ¿Cómo llenó el catolicismo su misión? Había que convertir todo un mundo bárbaro; el Pontificado se puso al frente de esta obra civilizadora. San Gregorio merece el título de grande más que los reyes á quienes se ha prodigado. Los monjes que envió á la conquista religiosa de Inglaterra, los que se lanzaron de las islas británicas en medio de los pueblos bárbaros de la Alemania, los que se aventuraron entre los terribles hombres del Norte, son héroes de abnegación y de caridad. Muy superiores á los conquistadores, abren nuevos mundos, no para saquearlos ó explotarlos, sino para salvar las almas; preparan la unidad futura del género humano, fundando la sociedad espiritual. Sin embargo, este bello cuadro de las misiones no carece de sombras. La violencia acompaña frecuentemente á los misioneros; las conversiones se hacen á mano armada; la superstición de los vencedores se mezcla á la de los vencidos; el paganismo de los Bárbaros infecta la religión cristiana. El progreso no se realiza jamás sino á través de los errores de los hombres; pero el bien que el cristianismo ha hecho sobrepuja al mal. Los monjes, obreros infatigables, desmontan los bosques, desecan los pantanos; el cultivo material trae consigo la cultura intelectual. La Iglesia sirve de lazo entre la civilización antigua y la bárbara; regenera al mundo depurando las costumbres; llega á ser un principio de paz y de humanidad en medio de una edad de fuerza bruta.

Tal es la unidad católica y su misión. Los defensores de la Iglesia quieren hacer de ella un ideal; es transformar en fin lo que no

ha sido más que medio. La unidad católica era una forma transitoria, porque no tenía más que una misión temporal. El catolicismo estaba llamado á educar á los pueblos bárbaros; perdiendo de vista esta misión, ha pretendido dominar sobre las inteligencias en virtud de un derecho divino. Esta es la historia de todas las castas: se invoca como un derecho al imperio la capacidad que impone un deber. La verdadera ley divina consiste en el desarrollo de las facultades humanas, y sin libertad de espíritu no hay vida ni progreso, ni aún verdadera moralidad. La humanidad ha rechazado á los tutores que querían eternizar su tutela. Los pueblos han roto una unidad que no era ya más que la tiranía de las inteligencias. Sin embargo, la unidad católica ha dejado huellas profundas. La civilización que hoy reina y que une á las naciones tiene su principio en el cristianismo y en las poblaciones germánicas. Esta unidad intelectual es una imagen del porvenir. Las naciones no perecerán, porque son de Dios, pero se volverán á unir por lazos que llevan más y más hácia la unidad.

CAPÍTULO II.

CONVERSION DE LOS BÁRBAROS.

§ I.—La invasión de los Bárbaros y la propagación del cristianismo.

Hemos presenciado la lucha secular del cristianismo contra el mundo antiguo (1); cuando llegó la invasión, la lucha había cesado. El cristianismo parecía vencedor; era más bien vencido, porque había tenido que amoldarse á las costumbres de la sociedad antigua; infectado con la corrupción romana, moría con el Imperio. Pero en esta ocasión llegan los Bárbaros. No se sabe si han venido á conquistar el mundo ó á abrazar la fe cristiana. Su conversión es tan fácil, tan rápida, que se ignora la época y las circunstancias en que tuvo lugar. ¿Cuándo se hicieron cristianos los Vándalos, los Suevos, los Alanos, los Lombardos? No se sabe. La tradición cuenta que el terror inspirado por la invasión de los Hunnos obligó á los Borgoñones á buscar un apoyo en el Dios de los cristianos. Los prisioneros arrojaron la primera semilla del Evangelio entre los Godos; la nación en masa se convirtió, cuando, arrojada por los Hunnos, le dió la hospitalidad el suelo del Imperio.

Los pueblos bárbaros abrazaron la fe cristiana en una época en que la secta dominante era el arrianismo; se hicieron, pues, ar-

(1) Véase el tomo IV de mis *Estudios*.